El Siervo de Dios

Hermano MARCELO VAN C.SS.R
1928 – 1959

Boletín (nº 10 – Junio de 1997) para acompañar la causa del Hermano Marcelo Van

Boletín N° 10 Junio de 1997

INDICE

PRESENTACIÓN.....	2
HERMANO MARCELO VAN	2
HISTORIA DE LA CAUSA.....	3
Antes del 26 de marzo de 1997	3
El 26 de junio de 1984	5
El 15 de Noviembre de 1985	6
El 26 de Enero de 1986.....	6
El 14 de Marzo de 1986.....	7
El 24 de marzo de 1987	7
RECEMOS CON EL.....	7
HERMANO MARCELO.....	7
MEDITEMOS CON EL	8
HERMANO MARCELO.....	8
Van para los niños	8
TESTIMONIOS	13

PRESENTACIÓN

San Jerónimo, 7 de mayo de 1997

HERMANO MARCELO VAN

La causa del Hermano Joaquín Nguyêñ tân Van, generalmente conocido bajo el nombre de Hermano Marcelo Van, va progresando rápidamente gracias a los “Amigos de Van”. En esta corta presentación, quisiera rendir un homenaje al padre Antonio Boucher, quien fue durante seis años el director espiritual del Hermano Van, y darles dos cortas impresiones sobre la vida de este joven vietnamita, muerto dando el sublime testimonio de Cristo.

Evoquemos primero el recuerdo del padre Antonio Boucher, C.S.S.R. Él fue quien supo desentrañar en el joven postulante que se presentaba ante él, en 1945, las grandes cualidades que adornaban su corazón. A él también se le ocurrió de manera maravillosa mandarle a escribir sus memorias, recoger sus poemas y copias de sus cartas. Sin estos tesoros, Marcelo Van no sería conocido y no se beneficiaría la gran comunidad de los cristianos con este modelo, que vivió con Jesús una experiencia amorosa inmejorable. Él, por fin, fue quien obró para dar a conocer al Frailecito. Ayudó a su compañero religioso, el padre Charles Bolduc, quien publicó, en 1986, la primera vida del Hermano Marcelo Van y la presentó al Hermano Daniel Ange, el cual se tomó el difícil trabajo de difundir su fama por Francia.

Al considerar la fe de este joven, quien dejó el hogar paterno a los seis años, y manifestó tan grandes convicciones religiosas, no puedo dejar de pensar en la influencia que tuvieron sus padres, sobre todo su madre, en el desarrollo de esta vida espiritual, que las dificultades posteriores harían crecer. Su madre introdujo en su corazón una semilla de mucho valor. Ni las espinas ni la maleza pudieron matarla. Se fue abriendo una flor (imagen que Van apreciaba particularmente y que sacó de santa Teresa del Niño Jesús). Pero puede ser estimada esta flor sólo por los que saben que “lo esencial sólo puede ser visto por los ojos del corazón”.

Por fin, Van es un santo para nuestro tiempo.

Durante su juventud fue cuando sufrió más de parte de los adultos. Estos últimos le atropellaron, le agredieron; trataron con un sinfín de tácticas de atacar su integridad física. ¿No será un modelo para los nenitos que son objeto de las vilezas de los adultos? A aquéllos quienes considerarían a los niños casi como esclavos dedicados a su placer exclusivo, recuerda Van la grandeza y la riqueza de las almas de los niños.

El que acoge a un niño como éste, por mi nombre, me acoge a mí. Pero si alguien escandaliza a uno de estos pequeños que creen en mí, sería preferible para él que se le colgase del cuello un cangilón de una de estas norias que hacen girar los burros, y fuese hundido en plena mar (Mt. 18, 5 – 6).

Al terminar, agradezco a los amigos de Van por darme la oportunidad de dar este humilde testimonio para con este siervo, quien anduvo en la pequeña vía de santa Teresa del Niño Jesús, y quien dio la vida para alimentar con el Pan Eucarístico a sus compañeros de cárcel.

Marcelo Van, ayúdanos a que siempre respetemos a los niños y suscita, en cada una de nuestras iglesias, numerosos ministros de la Eucaristía.

Charles Valoi
Obispo emérito de San Jerónimo
Québec – Canadá

HISTORIA DE LA CAUSA
DEL HERMANO MARCELO VAN

Antes del 26 de marzo de 1997

El proceso informativo sobre la vida, las virtudes y la fama de santidad del siervo de Dios, el Hermano Marcelo Van, de la Congregación del Santísimo Redentor, se abrió el 26 de marzo de 1997, en el hogar sacerdotal Juan Pablo II, en Ars.

Esta fecha, fijada desde la eternidad en el plan de amor de nuestro Dios, se tiene que señalar de un modo muy especial. Es la culminación de un largo trabajo en el que participó, desde el año 1986, Monseñor Charles Valois, obispo de San Jerónimo, en el Canadá. La muerte de los padres Bolduc y Boucher en 1991 originó prácticamente el congelamiento de los estudios y las búsquedas que se habían emprendido bajo su dirección. A petición de Monseñor Charles Valois, la causa se traslada a Francia, y se nombra responsable a Monseñor Guy Bagnard, por carta, el 18 de Noviembre de 1994. Se trata del documento oficial, firmado por S.E. el Cardenal Felici, prefecto de la Congregación de la Causa de los Santos.

Era pues normal proponer a Monseñor Charles Valois que redactara la presentación del primer boletín difundido después del 26 de marzo de 1997, y con esta oportunidad pedirle que abriera un poco el corazón para compartir con nosotros una parte de sus recuerdos.

Que encuentre aquí la expresión de nuestro gran agradecimiento.

Evocar la historia de la Causa del Hermano Marcelo Van... Nuestros amigos comprenden la dimensión nueva que dan a esta rúbrica los acontecimientos evocados durante la jornada del 26 de marzo de 1997.

Volvamos pues, algunos años atrás, al día en que, encontrándose con su Señor después de servirle bien en la tierra, el Hermano Marcelo dejaba a cuantos se le habían acercado, el recuerdo de un hombre totalmente dedicado a Dios, consumido por el amor a sus hermanos y el abandono completo de sí mismo.

Muere el Hermano Marcelo el 10 de julio de 1959.

Escribe a los religiosos de su Congregación el padre Denis Paquete, C.Ss.R. y último superior del Hermano Marcelo en Hanoi:

“...Que se convierta en nuestro modelo; que sus valiosos ejemplos queden siempre vivos ante nuestros ojos. Serán para nosotros un potente estímulo en el camino del amor y del sacrificio”.

El padre Antonio Boucher, llegado al Vietnam en 1935, fue, como lo sabemos, el director espiritual del Hermano Marcelo, y así, su guía y confidente. En el momento en que llega al Vietnam del Sur la noticia de la muerte del Hermano Marcelo, se encuentra en el Cabo San Jaime, donde, desde 1956, ejerce el cargo de ecónomo de la Comunidad y del juvenato, y responsable de la repartición entre los pobres del abasto suministrado por el “cáritas” americano.

En sus recuerdos, al evocar los últimos meses del año 1962, escribe el padre:

“...Es evidente para todos que la Viceprovincia del Vietnam se ha vuelto adulta. Los padres y Frailes vietnamitas son cada vez más numerosos y calificados para ocupar ciertos cargos ejercidos por canadienses. Se siente, sin duda alguna, que ha llegado el momento de grandes cambios”.

En una carta del 13 de julio de 1963, el superior Viceprovincial escribe claramente que en el próximo capítulo general, se discutirá la transformación de la viceprovincia en provincia autónoma, y que los que deseen abandonar el Vietnam y volver al Canadá puedan hacerlo libremente...

“... Se nos da un año para pensarlo y tomar una decisión”.

“Después de examinarlo ante Dios, he escogido volver al Canadá con el fin de habilitarme de nuevo a la vida de la Provincia de Santa Ana, y allí trabajar según me lo permitan mis fuerzas...”

“... A eso de finales de marzo de 1964, hago los preparativos para mi regreso definitivo al Canadá...”

El 27 de mayo de 1964, se erige canónicamente la Provincia de Redentoristas en el Vietnam. Reagrupa entonces a ochenta sacerdotes y setenta y cinco hermanos coadyutores, todos vietnamitas.

En aquel momento es cuando el padre Boucher se encuentra de nuevo con su tierra natal. Allí vuelve con la riqueza de sus 29 años de ministerio en Indochina... y la de cuadernos, notas y cartas del Hermano Marcelo, cuidadosamente reunidos y conservados con objeto de ser traducidos llegado el momento.

En enero de 1996, para los amigos de Van, evoca el padre Rosario Boucher, C.Ss.R. en Canadá, hermano menor del padre Antonio, sus recuerdos, más particularmente los de los años de vida común junto a él, en el monasterio de Montreal:

“Cuando recuerdo la vida de Antonio no puedo dejar de pensar en Vietnam, donde consagró 29 años de su vida...”

“Y, de regreso en su tierra, al mismo tiempo que obra en el Secretariado de Misiones, no pierde contacto con el mundo vietnamita. Así, se presenta ante el ministerio de la inmigración para servir de intérprete cerca de los refugiados. Les ayudará a encontrar alojamientos con precios moderados, a amueblarlos; les proporcionará vestidos de nuestro ropero en el piso debajo de la iglesia San Alfonso, los lunes de cada semana. Se le llama para confesar y da catequesis con objeto del bautismo y la confirmación, y por añadidura ayuda a algunos en el aprendizaje del francés”.

Sin embargo, la mayor parte de su trabajo en los últimos años de su vida, la dedica a la obra del Hermano Marcelo Van, a quien tuvo de novicio.

En una carta dirigida a las Hermanitas de Myriam, el 1º de agosto de 1986, escribe:

“No puedo dejar de alegrarme por los esfuerzos que se hacen en muchos rincones del mundo para dar a conocer a este humilde hermano, y mi gran anhelo, si Dios quiere, es dedicar el resto de mi vida a dar a conocer

al mundo la totalidad de los escritos que pude conservar de él, para que las almas puedan beneficiarse con ellos, según el deseo expresado por Jesús.

Estos escritos comprenden más de mil páginas... Tenga pues la bondad de seguir dándome la ayuda muy particular de sus oraciones, para obtener fe, confianza y ánimo para cumplir cuanto Dios quiere de mí en esta misión confiada a Marcelo”

Esta misión a la que alude Antonio, la realizó en su mayoría. La traducción francesa de los escritos de Van abarca 1252 páginas escritas a máquina de simple regleta.

Incluso hizo más.

Al cabo de veintisiete años de trabajo para copiar y traducir los valiosos y frágiles escritos del Hermano Marcelo, planteó el padre Antonio, antes de su muerte el 4 de julio de 1991, acciones que se vuelven, a la luz de los acontecimientos, actos proféticos en la historia de la Causa de Beatificación del Hermano Marcelo:

El 26 de junio de 1984

En el prefacio del libro de Marie-Michel “El amor me conoce”, escribe Daniel Ange el 2 de febrero de 1990, en la presentación del Señor:

Montreal, el 26 de junio de 1984. De camino hacia el aeropuerto de Mirabel, tengo media hora de espera en el “tinuing”. Aprovecho para visitar un convento donde un padre me había suplicado que pasara. Emocionado, me habla de un joven vietnamita, de quien fue el Maestro de novicios y el confidente. Desde hacía veinte años, buscaba con fervor la oportunidad de darle a conocer y amar. Veinte minutos después, vuelvo a salir para el aeropuerto, con setecientas páginas escritas a máquina en las manos, o más bien en las de un nuevo amigo, y ¡qué amigo! Tesoro valiosísimo que ni siquiera sospechó la aduana.

Si se interesara por los bienes espirituales, habría de pagar de impuesto una tasa exorbitante. En el avión, por la noche del sábado al domingo, rezando y esperando las señales de la aurora, me pongo a leer con ansias estas páginas: dinamita de amor (¡si lo supiera la tripulación del avión!) capaz de transformar del todo una existencia...

Vuelto a mi retiro de ermitaño, me siento ansiosísimo: ¿cómo dar a conocer a este hijo de Dios, este niño de Fuego? ¿Cómo permitirle penetrar en estos millares de corazones?

¿Cómo permitir a este pequeño vietnamita recorrer toda la tierra, llamar a la puerta de incontables casas, visitar pobres de bienes y de amor, secar sus lágrimas convirtiéndolas en diamantes, sacar nuestro accidente de su estado comatoso, despertarnos de nuestro letargo? Tantos pobres esperan a un confidente, un amigo como él. ¡Caminar familiarmente con él! ¡Cuántos jóvenes encontrarían así de nuevo las ganas de amar y sencillamente el gusto de vivir! Y, quien sabe, hasta la fuerza de dar su vida también...

Muy concretamente, ¿cómo poner entre las manos tendidas de una muchedumbre sedienta de Evangelio vivido estas páginas donde se suceden, alternadamente, cada una de las bienaventuranzas? ¿Quién podría realizar esta ingente labor de redactar, seleccionar, y clasificar estas incontables páginas?

Van debió de conducirme hacia un hijo del Carmelo... Me dirigí entonces a mi hermano bien amada Marie-Michel, con quien fundaba ese año, 1984, la escuela “Jeunesse Lumière” (Juventud Luz), escuela de vida, valentía y amor. Ya abrumado por su ministerio de formación y evangelización cerca de tantos jóvenes a quienes escucha y para quienes escribe, aceptó... sin darse cuenta en lo más mínimo, afortunadamente, de la cantidad fabulosa de trabajo que eso requeriría.

¡Marie-Michel, déjame que te bendiga por esta magnífica labor! En nombre de Van y Teresa, en nombre de tantos millares de jóvenes, sobre todo, que van a ser sorprendidos... Gracias por no haber abandonado y haberlo llevado a cabo... Fiel, animosamente, ¡con gozo!

El 15 de Noviembre de 1985

Aquel día, en conformidad con sus superiores, escribe el padre Antonio Boucher a Monseñor Dominique Nguyễn Van Lang, obispo de Xuân Lộc, en el Vietnam del Sur, y le pide que instruya el proceso de beatificación del Hermano Marcelo:

Monseñor,

Le agradezco cordialmente por la fe de bautismo de Joaquín Van.

En calidad de consejero espiritual y testigo de su vida durante diez años, tengo en mi poder todos los escritos del Hermano Marcelo Van:

- a) Autobiografía, cerca de 300 páginas.
- b) Coloquios con Jesús, María y Teresa del Niño Jesús, 250 páginas.
- c) Notas íntimas y correspondencia, más de 300 páginas

El contenido de estas páginas demuestra claramente que el Hermano Marcelo practicó las virtudes teologales y morales de un modo heroico.

Le tengo por un verdadero émulo de santa Teresita del Niño Jesús.

Por consiguiente, muchas personas que le conocieron cuando vivió o por sus escritos insisten en que se instruya su proceso con objeto de la beatificación lo antes posible.

Tenemos en nuestro corazón y nuestras oraciones a su persona y a todo su país,

Queda suyo afectísimo y fraterno,
Antonio Boucher, C. Ss. R.

El 26 de Enero de 1986

Monseñor Dominique Nguyễn Van Lang, obispo de Xuân Lộc, en Vietnam del Sur, interviene comunicándose con Monseñor Charles Valois, obispo de San Jerónimo en Québec:

Querido Monseñor,

El padre Antonio Boucher, C. Ss. R. en Crémazie, Montreal, me escribió el 15 de noviembre de 1985 y me pidió que instruyera el proceso de beatificación del Hermano Marcelo, redentorista cuya familia se encuentra en mi diócesis.

Dadas las circunstancias, Monseñor, le agradecería tuviese la bondad de hacerlo en mi lugar. Para ello, le delego todo el poder necesario referido a la instrucción del susodicho proceso.

Se lo ruega...

Dominique NGUYỄN VAN LANG
Obispo de Xuân Lộc, Vietnam

El 14 de Marzo de 1986

“Que Monseñor Charles Valois pida al Cardenal prefecto de la Sagrada Congregación para la Causa de los Santos, S. E., el Cardenal Pietro Palazzini, que se digne le confíe, a petición del obispo de Xuân Lôm, la instrucción del proceso de beatificación del Hermano Marcelo Joaquín Van, C. Ss. R.”

El traslado de la Causa desde la diócesis de Xuân Lôm, en Vietnam del Sur, hasta la de San Jerónimo, en el Canadá, se concede el 21 de marzo de 1986.

Desde entonces, va avanzando rápidamente.

El 24 de marzo de 1987

El Superior general de los Redentoristas nombre de postulador al padre Marazzo, C. Ss. R. en Roma, y de vicepostulador al padre Charles Bolduc, C. Ss. R. de la provincia de Santa Ana de Beaupré.

Se van acabando las traducciones. El padre Antonio Boucher vigila con particular interés los trabajos que prosigue en Francia el padre Marie-Michel sobre “los escritos de Van”. Pero van pasando los años, y el padre Antonio Boucher regresa con el Padre celestial el 4 de julio de 1991...

La Causa ya está iniciada...

(Continúa)

RECEMOS CON EL
HERMANO MARCELO

Del “diario íntimo”, esta carta del hermano Marcelo, redactada el primer día de sus ejercicios espirituales, en Dalat desde el 18 hasta el 23 de diciembre de 1953.

F-64-b

“María, Madre querida, te traigo todas mis arideces, rogándote que las ofrezcas a Jesús tu hijo, con la esperanza de que pueda valerse de ellas para llevar un alma pecadora al fervor de su amor.

Bien amado Jesús mío, ayúdame a comprender bien el valioso tesoro de la Gracia Divina, y a permanecer fiel a esta gracia.

Jesús mío, ¿cómo hablarte en este momento? ¿No podría expresarte mis sentimientos ni siquiera por una mirada? Sí, pero bien seca está mi mirada, y como el reflejo de la sequedad de mi corazón.

¡Estoy hundido en la sequedad!

Estas pocas palabras resumen mi estado de fervor en este momento. Esta sequedad, Jesús, te la ofrezco con mis pecados y todo lo que ha contribuido a hacer mi alma débil y miserable.

Jesús, soy un gran pecador, ¿verdad? Posiblemente por eso aún esté en esta tierra de exilio. De ser así, te pido la gracia de convertirme, para estar en estado de gracia en el juicio, cuando venga mi último día en este mundo. Concédeme la gracia de la conversión, ayúdame a alcanzar la santidad”.

F-64-c

Veo que fallo en muchas cosas, que, con mi gran miseria, soy incapaz de hacer nada por mí mismo para convertirme. Sólo me queda poner toda mi confianza en ti, Jesús. Te basta decir una palabra para transformar toda mi vida. No me niegues, por consiguiente, este favor.

Por fin, tengo un deseo más que expresarte, Jesús, si corresponde con tu buena voluntad; que me des, de última cruz, la enfermedad de la “tuberculosis”. Si deseo padecer esta enfermedad, es porque lo exige mi alma con la intención de abandonar esta vida efímera, para estar perfectamente unido a ti durante toda la eternidad. También deseo esta enfermedad para rezar por el futuro sacerdote que me sustituya, y quien en este momento encuentra un sinnúmero de dificultades. ¡Oh! ¡Ojalá en tu amor, accedieras a mi petición!

Te pido también con empeño, Santísima Madre María, que intercedas por mí para obtenerme este favor. Te pido también lo mismo, Teresita, hermana mía.

MEDITEMOS CON EL HERMANO MARCELO

Van para los niños

“A aquéllos quienes por poco considerarían a los niños como esclavos dedicados a su placer exclusivo, el Hermano Van recuerda la grandeza y la riqueza de las almas de los niños...” escribe Monseñor Charles Valois en la presentación de este boletín.

¿Cuáles serán los secretos de Van? ¿Qué propone para el despertar de la fe de los nenitos? Es el centro del problema.

Tiene seis años y se prepara para la primera comunión.

« Alcancé mis seis años y mi hermanita se acercaba a su tercer año cuando mi exilio se acabó. Me permitieron regresar a casa, y así vivir continuamente con mi querida hermanita. Se agregó también la dicha de la preparación para la primera comunión. Este tiempo duró seis meses. A parte de Jesús, nadie podía comprender el gozo en el que se sumergía mi corazón. Sin embargo, porque Jesús quería que este gozo fuese interior, permitió que lo viviera en la inquietud.

En verdad, Padre, antes de disfrutar el gozo de recibir a Jesús, tuve que aguantar una larga prueba, de tal manera que fue necesario un milagro para que cumpliera el anhelo de mi corazón. El primer obstáculo era mi

edad joven. La gente no estaba segura [76] de si yo entendía lo suficiente como para recibir dignamente tal sacramento. Sólo mi madre afirmaba, a pesar de mi pequeño tamaño, que siempre estuve listo. Sin embargo, no se decidía y tuvo que llevarme con el padre Nghia para contarle todo.

El padre Domingo Nghia me interrogó un poco sobre la misa y la eucaristía. Al darse cuenta que podía contestar claramente, me felicitó. Sin embargo, dudaba admitirme para la primera comunión, que se daba próximamente. Por eso dijo a mi madre: « Este pequeño es muy inteligente, como su hermana Lê, pero veo que todavía es muy joven, y temo algún inconveniente. Sin embargo, déjeme probar. A partir de hoy, mándelo cada noche a la sala de visitas con los otros niños a fin de que aprenda más su catecismo y que yo pueda verificar si lo conoce suficientemente ».

Aquellas palabras del párroco no aumentaron mis esperanzas. Volví con mi madre dejando ver mi preocupación. [77] No podía detener mis lágrimas pensando que quizás mi anhelo no se cumpliría. Al ver mi tristeza, mi madre interpretó las palabras del cura para tranquilizarme. Pasamos enfrente de la iglesia y me invitó a entrar diciéndome: « Basta, Dios se encarga de todo. Entremos a rezar el rosario para pedir a la Virgen que se encargue de este asunto. En cuanto a ti, estés siempre dispuesto y pide a María que te ayude a una preparación fervorosa. Prométele no perder ninguna ocasión de sufrir con alegría y ofrecérsela, a fin de que gracias a María, tu alma sea bella y digna para recibir a su Hijo Jesús, quién vendrá a visitarte y a vivir en ti ». Sequé mis lágrimas y seguí a mi madre en la iglesia. Rezamos el rosario, y me sentí inmediatamente con el corazón ligero, prometiendo a la Virgen lo que me aconsejó mi madre. Hasta me atreví a hablarle así: « Si el día de la primera comunión de los niños, mi corazón se queda vacío de Jesús, seguro que me ataque una tristeza [78] mortal y ya no tendré la fuerza de vivir ». Entonces le pedí un milagro, suplicándole con ardor que trajera a Jesús a mi alma. Si no, habría de llevarme al cielo el mismo día, porque en ese día Jesús y yo teníamos que ser unidos, en la tierra o en el cielo. Si ella bajara a Jesús sobre mi alma, evitaría tener que llevarme al Cielo.

Los días y los meses pasaban, y mi corazón sentía a veces alegría, a veces tristeza. Sólo pude confiar en María, yendo cada día a suplicarle y a ofrecerle los rosarios que rezaba con amor y fervor. Ante todo ella es el lugar de mi esperanza.

El segundo obstáculo era tan importante como el primero. Muchas veces sentí mi corazón volverse insensible y tentado de abandonar todo. Tenía que ir todas las noches a la casa parroquial para aprender el catecismo con los otros niños. Personalmente, no encontraba ninguna dificultad [79] para hacerlo. Pero el problema provenía del catequista, quien no sabía educar a los infantes. No tomaba en cuenta sus necesidades ni las ideas que hubieran expresado abierta y libremente. Ocurría que ellos decían muchas cosas de memoria, pero comprendían muy poco las cosas esenciales. Todos los niños que se reunían ahí estaban apretados los unos contra los otros como en una prensa. Delante de ellos se paraba un notable orgulloso de su dignidad¹⁴. Llevando en la mano un palo de bambú, paseaba majestuosamente como un tigre arisco. Si con sus ojos agudos veía que un niño se movía, dormía, o no abría grande la boca para gritar las respuestas del catecismo, enseguida lo golpeaba con su palo de bambú. No me gustaba para nada su manera de actuar. Naturalmente, no me atrevía a odiar al catequista, sin embargo sentía un miedo terrible en la presencia de esta feroz majestad. Cada vez que lo oía pegar a un niño, sentía en todo el cuerpo como un comezón de «bourbouille¹⁵», y tenía que esforzarme mucho para [80] conservar un rostro natural. Francamente confieso que no aprendí absolutamente nada en semejante escuela. Todo lo que pude aprender y comprender con claridad, se lo debo únicamente a mi madre que me enseñaba en casa. En la casa parroquial, por el contrario, no lograron más que hacerme olvidar lo que sabía, sin llegar a enseñarme de nuevo. A cuenta de ello, ¿cómo podía esperar aún recibir a Jesús?

¹⁴ Este señor, un supuesto catequista, era un viudo que había criado a cuatro hijos. No sabía ni leer ni escribir, pero conocía su catecismo de memoria. Por falta de personal, el cura le había confiado la vigilancia de los niños durante la lección. Se daba sin libro, ni pizarra, ni imagen, pero gritando automáticamente las preguntas y respuestas que los niños debían conocer de memoria. Este señor era tan duro que varios padres no se atrevían a dejar a sus chicos a su cargo en el catecismo; incluso sus propios hijos le tenían un miedo terrible (según Tê).

¹⁵ Erupción de granitos acompañados de comezón, frecuente en los países cálidos y húmedos, debido a la inflamación de las glándulas sudoríparas.

Felizmente, cada noche, antes de regresar a nuestras casas, el cura venía a examinarnos. A pesar de su barba tupida, no nos parecía como el notable. Cuando éste nos hacía las preguntas empleaba siempre palabras sencillas, llenas de dulzura y de intimidad, de modo que todos queríamos y podíamos responderle con facilidad. En cambio, cuando intervenía el catequista, el niño interrogado se ponía pálido como una gallina sangrienta. Además, cuando el cura veía que un niño respondía bien a sus preguntas lo recompensaba o lo animaba con palabras alentadoras. Y si otro respondía no tan bien, lo exhortaba [81] a la paciencia. Con el catequista, no había ningún respiro. Si no podíamos responder a sus preguntas, había que echarse al suelo y recibir golpes de bambú. No se preocupaba en que lo lográramos más tarde.

Se da cuenta, Padre; con un semejante sistema de educación es imposible formar a los niños e inspirarles buenos sentimientos. »

En 1944, mientras se prepara a ingresar en los Redentoristas, Van sigue aún en la casa rectoral de Huu – Bang, donde pasaron tantas cosas para él en su primera edad, entre 1935 y 1941. Tiene ahora 15 años.

« Durante este tiempo de espera, Dios me concedió el gozo de vivir en medio de los niños. Sabiendo que los Redentoristas me obligaban aún a esperar mucho tiempo antes de admitirme con ellos, el padre Nha me llevaba consigo a todas partes, sobre todo con motivo de retiros en las parroquias ajenas. La mayoría del tiempo, me confiaba el aprendizaje del catecismo a los niños. Si para los catequistas este trabajo era penoso, para mí no había alegría semejante a él. Para divertirme, daba apodos a estos niños, como “angelitos embadurnados” o “santitos”, o mocosos, golosos, importunos, pedigüenos... Mi método de enseñanza consistía en jugar con ellos y mimarles en las cosas que les gustaban. Necesariamente, entre estas cosas había algunas estúpidas, aunque no cometían falta. Hay que tener pues la mente despierta para educarles, evitando ser demasiado reservado o severo, lo que engendraría en ellos el temor, [727] pues una vez que tienen miedo, ya no piensan más que en escaparse.

Me di cuenta de que los niños nunca aprendían tan rápido su catecismo como cuando yo les llevaba a jugar; y lo que habían aprendido lo recordaban por mucho tiempo. Aunque había una determinada hora para cada lección, me las ingeniaba para transformar esta hora habitualmente larga y triste en una hora alegre que les parecía un instante. Siguiendo este método, me di cuenta de que los niños aprendían muy rápido (...)

Entonces, ¿qué hacer para ayudarlo a que recordara la lección? Enseguida organicé para los niños que no tenían buena memoria un juego a la moda indiana: “juego uno, dos, tres” con la condición de que el vencido recibiría tres papirotadas. Tras haber jugado un instante, le preguntaba de nuevo... Seguía olvidándose. «Vamos, ¿cómo puedes olvidar? Una sola nariz pero que recibe tres papirotadas, lo que puede ser comparado a un solo Dios en quien hay tres personas. [728] Es muy fácil recordar. Empiecen de nuevo a jugar, pero no hay que olvidarse: una sola nariz pero tres papirotadas». Los niños estallaron de risa; después, si alguien contestaba mal a mi pregunta, bastaba que yo señalara la nariz con el dedo, y se acordaba enseguida: «un solo Dios, pero tres personas». A pesar de eso, yo encontraba difícil hacer recordar a los niños las enseñanzas que les daba. Todos tenían el mismo grado de inteligencia. Para muchos, cuando se trataba de aprender un juego, eran muy hábiles, pero desde que les preguntaba respecto al Avemaría, su espíritu se sumergía en tinieblas. No hacían más que balbucear sin poder decir nada. Hay que tener paciencia pues con ellos, tratar de comprenderles a fin de brindarles una manera de expresarse adaptada a su inteligencia. No hay que rechazarles, para evitar su obstinación. En cuanto a mí, en semejantes circunstancias, recorría aún a otro medio: la oración. Entendía que un educador que no tiene paciencia no puede más que perjudicar a los niños. Pues bien, para conseguir la paciencia, es necesario rezar en ese mismo momento. ¡Ah! El recurso de la oración [729] me ayudó aún más que cualquier otro medio para conseguir excelentes resultados.

A veces me encontraba con niños tercos e indóciles. Esos niños además eran malcriados e indisciplinados, incluso para con éstos que le brindaban afecto. En semejantes casos, primero hay que quedarse tranquilo, mandar dulcemente y naturalmente, de manera que estos pequeños estén alegres y nos quieran. Por otra parte, enseguida hay que pedir el apoyo de la fuerza sobrenatural, o sea rezar. He aquí como procedía yo en los casos de este tipo: si encontraba un niño tal como lo he descrito anteriormente, lo llamaba a mi lado en el momento en que los otros niños no prestaban atención a él. Sin recordarle sus faltas, hablaba hábilmente con él así: «Actualmente, Dios necesita de nuestras oraciones para otorgar a un pecador la gracia de la conversión. Si aceptas, vamos a entrar en la iglesia para rezar un poco». Normalmente, me pedían hacerles conocer el nombre de este pecador. Peor cada vez, esperaba primero que hubiera rezado antes de responderles. Y cuando daban pruebas de docilidad, [730] les señalaba entonces claramente cada una de sus faltas, y siempre conseguía buenos resultados

En las relaciones con los niños, hay que usar más de cariño que de amenazas. [731] En todas partes y siempre, me di cuenta de que a los niños sólo les gustan la dulzura y la amabilidad. Un día, como experiencia, hice la siguiente pregunta a un grupo de niños: «Cuando habláis a Dios, ¿qué prefieren? Llamarlo “Padre” y decirse “hijos”, o llamarlo “Señor” y decirse “servidores”?». Todos respondieron al unísono: «Preferimos llamarlo “Padre” y decirnos “hijos”...». Eso prueba que los niños prefieren siempre lo amable. Nunca pues hay que oponerse a las cosas que les gustan. Sin embargo, es necesario hacerles entender que sus actos son útiles o nocivos, buenos o malos. Si actuaban bien, el educador debe colaborar con ellos para elevarles hasta la perfección. Si, al contrario, sus actos son malos, debe aún ayudarles a suprimirlos enteramente. La conciencia de los niños es diferente a la de los adultos. A veces se van a ubicar sin saberlo en lugares sucios; a veces también van a hacer el bien sin que nadie les haya alentado o guiado. El corazón del niño se deja atraer fácilmente; entonces, si el educador logra hacerse querer, la obra de su educación [732] será muy fácil. Me di cuenta de que, cuando los niños me amaban, escuchaban todo lo que les decía, y aceptaban todo lo que les ordenaba. Se habían vuelto absolutamente como una cera blanda entre mis manos, a la cual yo podía dar la forma que deseara muy fácilmente.

No obstante, la cruz del educador está lejos de ser fácil de llevar... Hablo así porque en esta época en que enseñaba el catecismo a los niños, conocí muchas amarguras. En aquel tiempo, seguía el método que antes me había enseñado santa Teresita para los niños que no entendían un poco lo que era vivir muy naturalmente y familiarizarse con Dios como las personas que nos son cercanas. Un día, durante la bendición del Santísimo Sacramento, vi a un pequeño (José Báí) que de vez en cuando echaba una mirada al tabernáculo, y luego inclinaba la cabeza y se reía en silencio. Comprendí que, ciertamente, ocurría algo interesante entre Jesús y él. Tras la bendición, tuve la curiosidad de llamarlo para preguntarle. He aquí lo que me contestó con toda sinceridad: «Porque no sabía mi lección esta mañana, el maestro me condenó a ser privado [733] del almuerzo. Hacia las once, ya atormentado por el hambre, acudí a la iglesia y, según su consejo, me dirigí a Jesús para decirle: “Oh Jesús, tengo mucha hambre; halla un modo de alivianar un poco este sufrimiento”. Pues bien, saliendo de la iglesia, lo encontré, me preguntó si tenía hambre y me dio veinte centavos para ir a comer tortillas...». Luego, gritando de gozo, Báí siguió: «¿No piensa usted que es ventajoso ser tan simple con Jesús? Por eso, durante la visita al Santo Sacramento, cada vez que miraba a Jesús, no podía aguantarme la risa en secreto».

Padre, he aquí uno de los resultados obtenidos que he querido compartirle. Los niños eran naturalmente simples y abiertos conmigo. Encariñados conmigo como con un hermano mayor, les encantaba seguir todas las directivas que les daba. La gente decía: «En todas partes adonde va, los niños le rodean como moscas alrededor de un pastel de arroz pegajoso». Era cierto. Sin embargo, eran pocos los que entendían por qué amo a los niños, [734] y por qué ellos me aman. Unos creen que les quería por temperamento. Si los niños me atraen y me son queridos, no es solamente asunto de temperamento, sino también por la belleza de su alma llena del Amor de Dios. Para mí, vivir en medio de un grupo de niños, es como vivir en un paraíso. Y, a mi parecer, si Dios no me hubiera llamado a llevar una vida escondida como religioso, es probable que habría sido un sacerdote únicamente entregado al servicio de los niños...

Pero ya me he alejado bastante de la historia de mi vocación, que interrumpí a causa de los niños.»

Acabaremos nuestra meditación con esta carta de Van a sus padres, que nos maravilla por la belleza y poesía del corazón de un niño.

C-75

Thai-há-Ap, 8 de febrero de 1948.

A sus padres

J. M. T.

“Queridos padres míos,

He comprobado que durante estos últimos días, ha cambiado el aspecto de la naturaleza. Al contemplar los paisajes encantadores del año nuevo, siento el mismo gozo que cuando niño, mientras, con la cabeza adornada de flores de melocotonero, tocaba el tambor corriendo de aquí para allá como una mariposa en la casa paterna. Siento también la necesidad de abrir de manera ancha mis sonrisas como flores primaverales. De verdad, los sentimientos que hace brotar en mí el acercamiento del Têt son los mismos que en los días de mi niñez. Me siento alegre, deseo que llegue el Têt, me gustan las flores y los petardos, y deseo todas las mismas alegrías de nenito. Sin embargo, estoy en este momento como una flor primaveral encerrada en una cárcel. A pesar de ello, fui yo mismo quien decidió estar encarcelado así, para que fuese Jesús el único que contemplase la belleza de mi alma.

Así como así no puedo olvidarlos, queridos padres, durante estos días del Têt. Por eso, con un corazón de niño es que vengo a manifestaros mis sentimientos y a felicitaros. Bien sé que pertenezco por entero a Jesús, pero sé también que Él no me prohíbe expresar mi cariño filial. Por consiguiente, no dudéis, queridos padres, en aceptar las palabras que os dirijo aquí.

Queridos padres míos, no soy el mayor ni el menor de vuestros hijos; soy una flor abierta en medio de la rama a finales de la primavera. Después de vivir los primeros años de la niñez en el jardín familiar, me metí en una carretera sometida a la lluvia y al viento, para ingresar, por fin, en el jardín de este monasterio. Durante la vida, pasé poco tiempo junto a vosotros, queridos padres; pero deber vivir así alejado de vosotros, va en contra del sentimiento que Dios puso en mi corazón, a saber: el deseo de vivir junto a vosotros, querido papá y querida mamá. Incluso a sabiendas de que sufriría en lo sucesivo miradas de desprecio y palabras estridentes, seguía deseando vivir sin cesar cerca de vosotros. No comprendo por qué me dio Dios tanto apego. Pero tampoco comprendo por qué dispuso de mi vida de tal modo que fuera la contra exacta a este apego natural. Allí está su voluntad misteriosa, y me ha hecho comprender que quería por ello manifestarme su amor.

Sé que una flor abierta en medio de la rama es una flor adulta, sólo visible por unos pocos. Sí, es justo; colocándome Dios en medio de la rama, el alejamiento provino después de ocultarme a vuestros ojos. Sin embargo, el perfume que exhalaba mi corazón no podía menos que derramarse fuera del follaje que me disimulaba, siempre que pasaba una brisa. Queridos padres, sé que no puedo permanecer siempre junto a vosotros para deciros mi cariño; pero siempre que hay una oportunidad, es imposible para mí olvidar el amor que os profeso, y que no deja de morar en mi corazón.

Queridos padres, con motivo del Têt, ha soplado la brisa primaveral en mi corazón, y naturalmente, la fragancia del amor se la lleva el viento para alcanzaros.

De deseos para el año nuevo, ¿qué deciros, y cómo expresarme? Es muy difícil. Por eso doy la palabra al niño Jesús, quien os felicitara como desee. En cuanto a mí, sólo puedo pedir que exista en la familia un vínculo de amistad profunda que se origine en el amor de Dios, de modo que nos amemos los unos a los otros, y no dudemos en manifestarnos mutuamente este amor... Dígnese el Señor de acoger mis buenos deseos y dar a nuestra familia un verdadero gozo en el amor de Dios, no sólo con motivo del año nuevo, sino también por todos los días de la vida de cada uno de nosotros en esta tierra.

Después, queridos padres, en este primer día del año, os pido que pongáis las manos sobre cada uno de vuestros hijos, y que roguéis a Dios que nos bendiga, para que durante este año podamos gozar de la verdadera paz otorgada por Dios gracias a vuestro gesto de bendición.

Queridos padres, he aquí en unas pocas palabras la expresión sincera de mis sentimientos para con vosotros. Dignaos acogerlos y bendecir a vuestro hijo alejado.

En cuanto a mí, no diré que estoy bien, ni tampoco que estoy enfermo. Lo cierto es que hoy, sigo estando vivo; ¿qué será de mí esta noche y mañana? Aún no conozco la voluntad de Dios. Como os lo he dicho antes, estoy como una flor primaveral encarcelada... De verdad, ha llegado la primavera, pero sigo esperando la llegada de otra primavera; una primavera por la que palpita mi corazón a cada instante. Pero basta ya, no hablo más de este tema, pues si hablara seguro no estaría en paz. Deseo ir al cielo para ver a Alguien a quien mi corazón amante no deja de buscar. ¡Ah! Queridos padres, tened la bondad de no entristeceros; no quiero morir antes de vosotros, pero en el fondo de mi corazón, hay algo parecido a un imán que naturalmente busca a los objetos de mi amor. Ahora bien, es como si mi corazón sólo estuviera orientado hacia el cielo, porque allí mora Alguien a quien mi corazón ama, y con quien estoy unido. ¡Ah! Se me olvidaba algo. Heme aquí hablando aún de un tema que quería obviar; es francamente ridículo. Sin embargo, esta digresión puede ser para vosotros un cuento divertido con motivo del Têt. Tened la bondad de disculparme y olvidarlo.

Casi acabo mi cuartilla; concluyo brevemente. Al mediodía, no he echado la siesta para terminar esta carta; sin embargo, he tenido que darme prisa. Tened la bondad de comprenderme.

Que Dios difunda su bendición sobre vosotros, queridos padres, y sobre toda la familia. Al festejar el Têt, no os olvidéis de mí, pues este año sólo deseo festejar este día en el «gozo». Este es mi único deseo, para consolar a Jesús, mi entrañable amiguito.

Adiós, querido papá y querida mamá...

J. M. T. Marcelo”

TESTIMONIOS

“Van, serás el gozo para los inadaptados” escribe Daniel Ange en el prefacio del libro de Marie-Michel “El amor me conoce”. Y sigue:

“Al mirar el rostro grave y afable de Van, oigo a Dios: «Quien no se vuelva como este nenito a quien tenéis adelante, no entrará en el Reino de los Cielos». ¿Cómo podría entrar, ya que el Reino es el Rey, y el Rey es un niño? Sólo un niño puede acoger al Niño.

Van es la santidad para hoy. No la perfección moral de los superdotados, de los campeones olímpicos del «self-control», de los héroes del estoicismo o impasibilidad, sino la santidad de los pobres, de los pequeños, de los frágiles cuya misma vulnerabilidad se abre al Amor. Para que, por las mismas heridas de la vida, la misma vida pueda ser entregada... Van dejó al Espíritu que fuese desarrollando en él, cuando más, su potencial bautismal. Ejerció su poder: ¡irse convirtiendo en un verdadero hijo de Dios!

Van, me gustaría darte de íntimo y confidente a un sinfín de jóvenes y niños en busca de verdad, ternura, luz. Hermanito, les llevarás lejos, andando a su compás. Les comprenderás interiormente. Pasaste por tantos caminos idénticos. Fuiste herido, desde tu edad temprana, por las mismas heridas. Detrás de Teresita, te ha preparado el Señor a acoger la generación del 2000. Lo que viviste y escribiste, ¡era profético! Eres un pequeño profeta, un maestro espiritual para nuestra época. Los grandes, los sabios, los intelectuales, te considerarán despectivamente; serás tenido por un minusválido, un loco.

Pero serás el gozo de Silvia, que se encuentra embarazada a los 14 años; de Bruno, violado a los 9 años; de Chantal, quien ha intentado suicidarse por octava vez; de Eric, cuyos padres acaban de separarse; de Lorenzo, quien se prostituye en la calle Santa Ana; de Brígida, en diálisis desde hace quince años; de Roberto, siempre el último de la clase; de Francisca, a quien acaba de dejar plantada su amigo; de Claudio, arrastrado a una secta satánica; de Virginia, por fin, quien intenta simplemente vivir su fe cristiana.

Van, verás lo más hermoso en ellos. Y ellos entonces se encontrarán contigo de un modo u otro. Convivencias van a realizarse. Seréis cómplices en el amor. Como un niño — como si tal cosa — llevarás a su casa el amor, esta morada en la que caerán los brazos del Padre, por quien se sentirán amados para toda la eternidad.

Van, de antemano, sé bendito por ser un pequeño enfermero para los incontables heridos de hoy, víctimas de las peores agresiones que cabe imaginar. Gracias por dar de nuevo la entereza sin abandonar jamás. Por abrir al perdón recibido y dado, sin humillar jamás... Gracias por tu humorismo, tu espontaneidad, tus guiños traviesos. No te ha cohibido la cruz, no te ha paralizado. Te ha devuelto a ti mismo.

Gracias por ser ante nosotros y con nosotros, lo que eres. Sin presumir. Sin andar con rodeos. Gracias por ser Van de Jesús, Van de Belén, Van de la Aurora pascual. Permaneces para siempre jamás como un niño de la Aurora: con una luz siempre nueva”.